

# Cuba, treinta y cinco años de revolución y fe

*Antonio Allen*

«Prácticamente en cuestión de horas, nos quedamos sin escuelas, sin universidad, sin asilos para ancianos, sin hospitales, sin prensa, incluso sin algunos templos. Pensamos que la historia de la Iglesia en Cuba se cerraba. En realidad, habíamos olvidado apoyarnos en lo esencial: Cristo y su Evangelio». Era el testimonio de un obispo cubano que aún sigue al frente de su diócesis. Su resumen del inicio de un controvertido capítulo de la historia.

## 1. Los primeros porqués

La oposición al gobierno de Batista no era un juego excitante de jóvenes aburridos. El grupo de Fidel, como otros que lucharon bajo la misma bandera y que luego fueron disueltos, eran el resultado de un proceso que hundía sus raíces en los deseos independentistas y autonómicos de los cubanos de la isla.

En la cuarta década del siglo, la «Constitución del 40» se convirtió en el orgullo nacional cubano. Cuba había logrado la constitución más avanzada de toda Latinoamérica, sobre todo por sus planteamientos casi visionarios en el campo social. Equitativa y atrevida, justa y práctica, la Constitución del 40 comenzó a permear el pensamiento social cubano.

Pero con el golpe de estado de Batista en el 1952, los cultivados ideales cubanos se vieron atacados por plagas, nuevas unas, revitalizadas otras, nocivas todas. Ni Fidel ni ninguno de los grupos opositores a Batista se mostraron jamás como pro marxistas. Eran, a los ojos de todos, movimientos democrático-populares que alimentaban las esperanzas del pueblo de volver a la Constitución del 40.

Con respecto a la Iglesia, hasta hoy no existe un estudio sobre el papel jugado por ella en la formación de la conciencia ética de la juventud de la época. Pero es significativo que de entre sus filas salieran muchos de los jóvenes que se enfrentaron a la tiranía de Batista. Y no deja de llamar la atención que muchos de los que luego se convirtieron en líderes de la revolución cubana, Fidel incluido, habían salido de aulas y parroquias católicas. Sea como fuere, la Iglesia católica en Cuba no era ajena al proceso que vivía la isla.

En 1953, tras el fallido ataque al cuartel Moncada, en el corazón de Santiago de Cuba, Mons. Pérez Serantes, arzobispo de Santiago, intervino para salvar la vida de los jóvenes asaltantes. Inclusive, no consintió en hacer que el acorralado Fidel se entregara hasta que no tuvo garantías seguras de que se le respetaría la vida. En 1958, Mons. Serantes y Mons. Martín Villaverde, obispo de Matanzas, pidieron a Batista que abandonara el poder. Entre tanto, ocho sacerdotes se habían sumado a las fuerzas insurgentes como capellanes, con el consentimiento previo de sus obispos. Muchos otros luchaban en la clandestinidad. Decenas de jóvenes cristianos, hombres y mujeres, daban su tiempo y sus vidas a la revolución que surgía.

## 2. Los inicios

Ha sido muy comentada la imagen de un Fidel que baja de la sierra con un rosario en el cuello. Por la parte eclesiástica, su triunfo fue saludado con gozo por la jerarquía católica. Y en realidad, el año 59 fue, sin lugar a dudas, agua sobre rosas.

El gobierno de Fidel comenzó una renovación radical de la sociedad cubana: campaña de alfabetización, reforma agraria, igualdad social entre negros y blancos, reconocimiento de la

dignidad de la mujer... Un slogan llegó a decir, refiriéndose a Fidel: «Se parece a Jesucristo».

Mucho se ha especulado, sin embargo, acerca del giro de Castro hacia la ideología marxista. Algunos afirman que sus primeros contactos con los ideales comunistas se remontan a su estancia en México, cuando organizaba la futura guerrilla cubana de la Sierra Maestra.

Pero sea cierto o falso, no podemos olvidar que en los años 60 el mundo vivía el momento de la gran polarización. Los dos imperios se disputaban la hegemonía en el planeta y la amenaza de la guerra desencadenó ríos de tinta, primaveras de tensiones y súplicas angustiadas en todas las confesiones religiosas. La revolución de Castro era abiertamente antinorteamericana. ¿Podría una pequeña y subdesarrollada isla del Caribe declarar un proceso nacionalista e iniciar una relación comercial sin implicaciones políticas? La afirmación, al menos a primera vista, parece ingenua. Cuba estaba muy lejos de la autonomía económica y de la posibilidad de pagar en efectivo. Y su posición geográfica era demasiado apetecible como para no recibir ofertas ventajosas de la parte soviética.

Sería simple decir que a Fidel «le faltó visión», lo cual no es falso, pero no podemos pretender encerrar aquí toda la verdad. Hasta la caída del bloque socialista de Europa del Este, el mito de la irreversibilidad del comunismo tenía muchos adeptos, de buena o de mala gana. Al inicio de los 60 la entonces Unión Soviética no parecía una mala opción.

La rápida radicalización de la revolución cubana hacia una línea marxista alarmó a la jerarquía católica desde el primer momento. Ya a mediados de los 60 los obispos empezaron a manifestarse contra el giro del proceso. El mismo Pérez Serantes, que había apoyado públicamente las primeras reformas, protesta ahora, no contra los proyectos socio-económicos en curso, sino contra «el precio» de estos procesos: la imposición de una ideología única y atea militante. Pérez Serantes fue a La Habana y pidió una entrevista a Fidel. No le fue concedida nunca. A la protesta de los obispos se había sumado la participación de los laicos católicos en actividades de oposición a la revolución.

Hay consenso entre las personas que vivieron esta etapa, en que no hubo un hecho que pueda decirse determinante que desencadenara las tensiones, no hubo una «chispa» visible. Fue más bien un devenir. Las misas en las Iglesias comenzaron a ser interrumpidas por grupos de milicianos voluntarios que llegaban en camiones a suprimir ciertos «actos contrarrevolucionarios», según las informaciones que habían recibido. Los programas radiales y televisivos católicos desaparecieron a la par que los nuevos medios de comunicación estatales comenzaban a promover una imagen negativa de las figuras e instituciones eclesíásticas. Los líderes laicos fueron cada vez más presionados hasta su detención, junto a obispos y sacerdotes, durante la fracasada invasión de Playa Girón. La historia recoge las palabras de Fidel en un discurso en el que conminaba «a los curas y monjas fascistas» a «hacer sus maletas». Resucitaba una vez más el espectro de la persecución.

Pero tal vez el miedo mayor de los pastores y laicos católicos cubanos provenía de su ignorancia. En América Latina sólo se conocía de oídas el «comunismo rojo de los rusos», y las versiones mezclaban maravillosamente la triste realidad de los creyentes del lejano coloso marxista con los fantasmas más disparatados que crea el miedo en una mente humana. «Cuba pagó la novatada» -me dijo una vez un anciano sacerdote. «No sabíamos a ciencia cierta qué podía pasar, qué harían con los creyentes o con nosotros mismos. Además, se decía que la Iglesia no podía vivir en un sistema comunista. Había mucha incertidumbre».

En abril de 1961, en el discurso de conmemoración de la victoria cubana en Playa Girón, Fidel proclama el carácter socialista de la revolución. La masa reunida aplaudió a rabiar. En mayo fueron intervenidos los colegios católicos, y en septiembre de ese mismo año fueron expulsados un obispo y ciento treinta y un agentes de pastoral, entre sacerdotes y religiosos. La inmensa mayoría de los religiosos y religiosas dedicados a la enseñanza abandonaron el país.

No obstante, en honor a la verdad, hay que decir que, si es cierto que hubo realmente expulsiones, muchos se fueron por propia voluntad. Una gran parte, temiendo represalias y persecuciones violentas, como las ocurridas en España cuando la guerra del 36, y urgidos por sus superiores, partieron del país,

dejando atrás asilos, conventos, hospitales y otras casas religiosas. A muchos se les conminó a abandonar el país, pero decidieron quedarse y fueron respetados en su decisión. En resumen, de los aproximadamente ochocientos sacerdotes que había en el país, quedaron poco más de doscientos, e igual número de religiosas de un estimado de dos mil. Hoy, treinta y cinco años después, son poco más de 250 sacerdotes y 340 religiosas para once millones de habitantes. Muchas de las estructuras sobre las que la Iglesia tenía establecida su pastoral -asociaciones, colegios, publicaciones, misiones... - desaparecieron o fueron suprimidas como consecuencia del cambio político-social.

El silencio sería desde entonces la mejor definición para la Iglesia en Cuba de la década de los 60, una Iglesia que se vio obligada a replegarse sobre sí misma para poder sobrevivir. Los sacerdotes cerraron filas con los obispos, los laicos con los sacerdotes, y se creó un bloque monolítico que impidió el propósito del gobierno de dividir a los creyentes y crear una iglesia nacional. La natural apertura del católico cubano dio paso a una desproporcionada desconfianza, en parte justificada por la certeza de tener entre sus filas agentes del gobierno. Incluso en el seminario San Carlos de La Habana, hubo seminaristas que estaban a las órdenes de los organismos de seguridad del estado.

«El mayor testimonio era que te vieran entrar a una iglesia» -decía un creyente cubano que hoy pasa de los cincuenta. Ni pensar en hablar de Dios fuera de los muros del templo o en portar una cruz en el pecho. Las tan populares procesiones se convirtieron en leña para nostalgias. La acción social organizada pasó al terreno del mundo de las ideas inalcanzables de Platón. La mayor estrategia, sin embargo, fue la sutileza. Casi nunca se acusaba a una persona o se le negaba un derecho por su condición de cristiano, siempre se buscaba otra razón que encubriera el verdadero motivo. Los niños que se confesaban «religiosos», como despectivamente se les llamaba, debían declararlo poniéndose de pie en medio de sus compañeros y soportando a veces que algún maestro ordenara a todos «reírse de éste que es religioso». Para la educación no había opción, absolutamente toda era - y es - estatal. La entrada y la permanencia en la universidad se convirtieron en retos para los jóvenes católicos. Incluso hoy día hay facultades vedadas a los cristianos, sobre todo aquéllas relacionadas con la esfera social.

Para un trabajador, elegir ser cristiano significaba renunciar a ser promovido o a ocupar cargos directivos, y a soportar a veces humillantes ofertas de mejoramiento económico a cambio de dejar su práctica religiosa.

Muchas parroquias se vaciaron. Una gran masa decidió marcharse del país. Otros sencillamente se adaptaron al «sistema». Y no faltó quién trató de estar a bien con todos o quien buscó que la Iglesia se erigiera en poder contra otro poder, llegándose en algunos casos a la lucha abierta.

Era esto el substrato de la Iglesia cubana de los años 60. Cristiano y minusválido llegaron a ser sinónimos. En los templos que no se perdieron fueron colocados, entre la puerta y las bancas, enormes mamparas que ocultaban a los fieles durante las celebraciones y que a su vez permitían a algún que otro «chistoso» arrojar desde fuera sin ser visto huevos, tomates e incluso piedras. La palabra «cristiano» se convirtió en cédula de identificación para estudiantes, trabajadores y amas de casa. Cuba parecía haberse dividido en dos bandos irreconciliables obligados por fuerza a soportarse. Lejos estaban los creyentes católicos de imaginar que su fidelidad, expresada en una postura rígida y muchas veces intransigente, empezaba a llamar la atención de muchos. Una solapada admiración comenzaba a crecer en aquéllos mismos que hacían de los cristianos blanco de sus burlas.

### **3. Aires nuevos**

Con el Concilio Vaticano II y la renovación por él generada comienza una nueva etapa en la vida eclesial cubana, marcada por la reforma litúrgica y la revitalización de las comunidades. Posteriormente, con Medellín y Puebla, se va asentando un cambio de mentalidad y la Iglesia toma más conciencia de su vocación de servidora del pueblo.

Vaticano II, Medellín, Puebla, no tuvieron eco en los medios de comunicación cubanos. Es suficientemente lógico que aún hoy mucha gente en Cuba, que no tuvo conocimiento ninguno de estos eventos eclesiales, atribuya a la revolución el «cambio» que dio la Iglesia y las reformas que llevó a cabo. Y es cierto que el proceso revolucionario influyó en la mentalidad

de la Iglesia cubana, como señalaremos luego, pero no fue la revolución la que marcó la pauta de su renovación. En realidad, al hacerse evidente el rumbo comunista de la revolución cubana, mucha gente creyó que los días de Fidel y su partido estaban contados. Sin embargo, los años pasaban y el triunfo del 59 parecía consolidarse cada vez más.

Por la parte eclesial, se había llegado a la convicción de que la Iglesia podía subsistir, pero ¿hasta qué punto podía integrarse? La Iglesia terminó por aceptar el carácter socialista de la revolución y comenzó la búsqueda de las coincidencias de objetivos fundamentales con el proceso, sobre todo en el campo de la promoción social: salud pública, enseñanza y trabajo al alcance de todos, satisfacción de las necesidades básicas, justicia social, etc. La Iglesia se abrió entonces a una nueva fase. Los obispos y sacerdotes pidieron a sus fieles que se integraran en «todo lo bueno» que construía la revolución. Nunca se aceptaron los presupuestos marxistas ni se apoyó públicamente el proceso, pero se reconoció que la Iglesia tenía una función de servicio que debía ejercer. Y de momento, el modo era la inserción, desde su identidad cristiana, en los mecanismos sociales creados por el gobierno. En las escuelas, universidades, centros de trabajo, asociaciones de vecinos, el término «cristiano» ganó rápidamente prestigio. Y no era extraño que cuando alguien alababa la entrega de un creyente, su interlocutor dijera: «es que es cristiano» o «es que ese va a la Iglesia».

Por otra parte, el gobierno revolucionario empezó a dar signos de reconocer el valor y la vigencia de la Iglesia. La posibilidad de un diálogo constructivo se hizo más evidente. Sin embargo, no podemos obviar la influencia positiva que este proceso había ido produciendo en la Iglesia cubana. La pérdida de privilegios, la reducción a lo indispensable, la necesidad de defender la propia fe, permearon sin duda la mentalidad del católico cubano.

Un hecho que llama la atención hoy es el gran acercamiento que existe entre pastores y fieles dentro de la isla. En Cuba se dice que la Iglesia se ha hecho más «de pueblo», y en realidad, los creyentes sienten a la Iglesia como suya, se sienten parte de ella. Hay un cariño entrañable hacia sacerdotes y obispos. En cuanto a los seminaristas, raya en afecto desproporcionado. Y si de monjas se trata es como una concentración del

típico cariño latinoamericano por las religiosas. Además, luego de tantos años sin signos visibles, ver ahora a una mujer con hábito se convierte en espectáculo.

La Iglesia cubana tuvo que hacerse más humilde, y se dio cuenta de que no tenía a Dios tomado de las barbas. La Iglesia en Cuba entendió que Dios es el Señor de la Historia, que nada se hace sin él y que nada camina verdaderamente en este mundo si se prescinde de él. Además, en Cuba se ha hecho patente que, si es verdad que los medios materiales son importantes, no son lo esencial y no pueden ser el sustento de la acción pastoral. La Iglesia cubana fue humillada, pisoteada y sobre todo ignorada. Tuvo que aprender a esperar, tuvo que aprender a confiar, y sobre todo, logró asumir de un modo nuevo que está entre los hombres para servir.

En cuanto al laicado, si a algo tuvo que aprender el creyente cubano, fue a vivir contra corriente, debatiéndose entre el aliento y las dificultades. El aliento de su fidelidad y del saber que esa fidelidad era apreciada incluso por aquéllos que de palabra lo atacaban. Y las dificultades que las limitaciones de su condición declarada le acarreaban. Pero a la larga, supo forjar una fe de compromiso. Dárselas de creyente y, más aún, de practicante, hacía mucho que había pasado de ser una moda «aconsejable». Ahora era todo lo contrario. La moda era dárseles de comunista, o sea, de progresista, de adelantado, de revolucionario. Los años trajeron al cristiano cubano la confianza que tanto le había faltado en un principio. Por otra parte, las nuevas generaciones de cristianos empezaban a nacer dentro de un proceso constituido, y la actitud que tuvieron que asumir sus padres en un momento determinado era ahora «lo normal».

Las parroquias no se llenaban de gente. Pertener a una comunidad de cien personas era pertenecer a una comunidad «grande». Aquéllas que llegaban a doscientos eran famosas. A la larga, sin embargo, la Iglesia logró imponer su presencia. Presencia sencilla, sin pompas, pero presencia constante y fiel. Fue así como, poco a poco, renació y creció dentro de la Iglesia cubana la conciencia de su condición apostólica. «Nos dábamos cuenta -dirá un sacerdote- que teníamos un deber misionero al que no podíamos renunciar».

Las tensiones de los primeros momentos habían pasado. La presión sutil sobre los cristianos continuaba, pero era menor. Los ataques de relevancia a la Iglesia se espaciaban. Los sacerdotes habían perdido el miedo de encararse con las autoridades docentes para defender los derechos de sus fieles estudiantes, fueran niños o universitarios. Los jóvenes exigían que se le concretasen apostolados.

En julio de 1979 un grupo de numerosos sacerdotes se dio cita en una ya tradicional convivencia en el pueblo del Cobre, donde se encuentra el santuario de Nuestra Señora de La Caridad, patrona de Cuba. La reflexión de ese año giró en torno a los resultados de la tercera conferencia general del episcopado latinoamericano, celebrado en Puebla. Mons. Fernando Azcárate, antiguo obispo auxiliar de La Habana, sugirió celebrar un «Puebla en Cuba». Al desconcierto ante la idea siguió una unánime aceptación.

Un año después se ponía en marcha el proceso. Recogiendo las inquietudes de toda la Iglesia cubana, desde los fieles de las capillas más alejadas hasta los de las catedrales, desde el más joven sacerdote al mayor de los obispos, desde la diócesis primada hasta la última fundada, se inició una reflexión gigantesca que concluyó con el «Encuentro nacional eclesial cubano», en 1986. Las líneas pastorales resultantes eran claras: la Iglesia cubana hacía tres opciones fundamentales y decidía definirse como «Iglesia orante, encarnada y misionera». Era el mensaje que los católicos cubanos daban al mundo, el mismo que transmitiría luego a Juan Pablo II el cardenal Eduardo Pironio, presidente del pontificio consejo para los laicos y representante del Papa en el «sínodo» cubano. El mensaje final del encuentro nacional terminaba con una invocación a la Virgen de la Caridad, que fue y sigue siendo el vínculo de unión indiscutible de todos los cubanos, creyentes y ateos. Dice el documento: «Queremos aprender de ella, Señora Nuestra de la Caridad, a mantener nuestro sí y a sufrir, como ella, al pie de la cruz, cuando no quiso contarle al mundo su dolor, sino proclamarle con fuerza su esperanza».

Sin embargo, no basta esto para explicar el por qué, a partir de la década del 90, los templos cubanos han visto afluir un número cada vez mayor de fieles. Las comunidades cristianas se multiplican, aunque tengan que reunirse en las casas por

falta de templos. En las parroquias se incrementan misas y asistentes. Obispos y sacerdotes no saben cómo enfrentar una multitud que pide formación y sacramentos. El gobierno cubano guarda una prudente distancia.

#### 4. De regreso hacia Dios

A inicios de la década de los 80 llegó a Cuba un fraile dominico brasileño, decidido promotor de la teología de la liberación, fray Betto, con una admiración por el modelo socio-político de la isla caribeña totalmente proporcional a su ignorancia acerca del sentir de los cubanos. Su visita, sin embargo, sería providencial. «Fidel y la religión», una inmensa entrevista concedida por el líder cubano y publicada en forma de libro poco tiempo después, vio nacer una acogida inesperada. El hecho sorprendió incluso a los obispos cubanos.

No era precisamente el valor histórico del libro lo que lo hacía atrayente. Fidel, como es usual en él, se movió en la lógica perfecta de las medias verdades. Y no todas sus respuestas son ciertas. Sin embargo, el libro transmitió al pueblo un mensaje no escrito: «ya se puede hablar de religión». A raíz de la publicación -que se agotó inmediatamente y tuvo que ser reeditada muy poco tiempo después-, los cristianos de la isla se vieron súbitamente acosados, esta vez por preguntas menos capciosas y más sinceras. Los que antes no se atrevían a hablar de su fe en lugares públicos, comprendieron muy pronto que había llegado un cambio. En este sentido, como comentaba un agudo sacerdote, sí es verdad que la gente perdió el miedo a preguntar, los cristianos comenzaron a perder el miedo a hablar.

La lógica del cubano de calle era simple: «si Fidel habla de religión con un cura -sería demasiado pedir una distinción religiosa a un cubano medio, y a veces no tan medio- es porque ya está permitido hablar de religión». En realidad, el pueblo interpretaba lo que quería interpretar. De hecho, cuando años más tarde Fidel atacara violentamente a la jerarquía católica cubana en su viaje a Brasil, luego de haber halagado, por supuesto, a las comunidades de base brasileñas, el pueblo volvería a sacar sus propias conclusiones. No era posible, comentaban sacerdotes y laicos, que la gente los felicitara porque «ahora sí que están en buena» o porque «ya Fidel habla bien de los curas».

Por otra parte, un cambio imperceptible comenzó a producirse luego de «Fidel y la religión». Los templos empezaban muy lentamente a conocer caras nuevas. Este sustrato fértil no era fruto de la improvisación. Varios protagonistas anónimos habían ido preparando el terreno, y entre estos, o mejor dicho, entre éstas, estaban en primera fila... las abuelas. Muchos matrimonios jóvenes en la década del 60 se alejaron de la fe, y alejaron con ellos a sus hijos. Otros continuaron la práctica religiosa, pero no fomentaron la fe de su descendencia. Los niños no debían sufrir traumas y, sobre todo, no debían tener impedimentos para alcanzar la universidad. Más de veinte años después, muchos jóvenes que llegaban a la Iglesia por primera vez sólo traían un «algo» que le había inculcado su abuela: una oración, un rosario, una estampita roída por el tiempo, un pequeño misal preconiliar con cubierta de nácar y páginas amarillas..., eran venerados con sacra devoción. «Me lo dejó mi abuela», «me lo enseñó mi abuela», eran razones que parecían explicarlo todo. No creo exagerar si digo que los dos soportes que han sostenido y nutrido la fe del pueblo cubano han sido la devoción a la Virgen de la Caridad y el trabajo paciente y en apariencia anodino de miles de abuelas cubanas.

En estos momentos, comenzaba a evidenciarse el fin de la utopía. Es cierto que muchos cubanos abrazaron honestamente el ideal marxista, y se alejaron de la fe convencidos de que Dios y la Iglesia «debían superarse». Pero el flechazo inicial terminaría haciendo dudar a unos, defraudando a otros y, lo más terrible, llenando de odio a terceros. Dios había sido sustituido por el partido. Es interesante cómo se le aplicaban al partido los atributos de Dios, en medio de la más supina de las inconsciencias. «Los hombres mueren, el partido es inmortal». «Esta gente lo sabe todo». «Están en todas partes»... Al final, el nuevo dios no cubrió las expectativas. El partido, la revolución, el socialismo, la patria -pues al final, todo se identificaba- no tenían espacio para nadie más que ellos mismos. Debían ser adorados, jamás atacados o cuestionados, y sobre todo, priorizados. Si hoy en día la Iglesia cubana tiene que enfrentarse a una reconstrucción de los mutilados o extinguidos valores humanos -no hablemos ya de los netamente cristianos-, se debe sobre todo a una política que exaltaba por encima de todo la adhesión incondicional a Fidel y a su causa. Lo demás era accidental. La creación de la «nueva moral socialista» no funcionó.

Pero el retorno masivo a la Iglesia no deja de ser un signo ambiguo. No se puede negar que mucha gente ha entrado y entra en estos momentos a formar parte de las comunidades cristianas de la isla buscando unos valores sobre los cuales sustentar su vida. Defraudados de las viejas teorías, atraídos por el testimonio de los cristianos o incluso fascinados por un ideal de evangelio recién descubierto, la Iglesia en Cuba ve florecer conversiones ejemplares. El deseo de algo sólido y seguro, que no defraude, la búsqueda de un ideal que llene la existencia, o la simple curiosidad que se convierte poco a poco en opción libre, mueven a mucha gente, jóvenes sobre todo, a integrarse a las comunidades cristianas. Pero no sería realista ser demasiado optimista. A partir sobre todo de la década de los 80, la Iglesia se convirtió casi en el único espacio de libertad. Era el lugar donde alguien podía sentirse persona y expresarse libremente, sin tener que ratificar su adhesión al sistema o verse obligado a matizar sus comentarios. La Iglesia era un lugar de «ser». Y eso atrajo a muchos que a veces, más que cambiar de vida buscaban un lugar donde «sentirse en paz».

De otra parte, están aquéllos cuyo vacío espiritual los lleva a buscar «otra cosa», sea lo que sea. Y no siempre están dispuestos a asumir las exigencias cristianas. Tal vez sea este querer llenar el vacío espiritual sin compromisos serios lo que ha provocado en los últimos años un aumento realmente desproporcionado de adeptos a ritos afrocubanos. Los «santeros» y, en menor escala, los «paleros», han visto florecer sus filas con nuevos adoradores de orishas.

En los últimos años, Cuba ha estado viviendo uno de los períodos más difíciles de su historia. Bloqueada económicamente por Estados Unidos e ignorada cada vez más por sus antiguos proveedores socialistas, ve desmoronarse su economía mientras crecen la desnutrición y la desesperanza violenta. Hoy por hoy muchos se preguntan si el sistema de gobierno cubano tiene algo bueno que ofrecer a su pueblo. La desesperación puede hacer despertar lo mejor del corazón del hombre, pero no es precisamente recomendable a la hora de tomar decisiones vitales. En la actualidad, nadie podría afirmarlo categóricamente, pero por momentos da la impresión de que el deseo de poder «agarrarse a algo» está metido en el fondo de la opción de nuevos creyentes cubanos. La gente no puede vivir sin esperanzas y en estos momentos sólo la Iglesia es capaz de enarbolar esa ban-

dera. ¿Se mantendrá el ritmo de incorporación a la Iglesia cuando alguien ajeno a la misma esté en condiciones de alzar otro estandarte? Por otra parte, a esto se añade un extraño coqueteo de algunos sectores oficiales para con la Iglesia. Está claro que antes o después, será la Iglesia la única institución seria que sobrevivirá en Cuba. Desearía a la larga tener que acudir a un confesionario por haber hecho juicios temerarios acerca de las motivaciones de dichos sectores.

El clero cubano, por su parte, ha pasado sin duda a lo que Mons. Adolfo Rodríguez, obispo de Camagüey, llama el «desbordamiento pastoral». De un «descorazonamiento pastoral», según el mismo obispo, ahora sencillamente no se da a basto. Los agentes cubanos de pastoral no estaban preparados para enfrentarse al reto de las multitudes. El arribo tímido a los templos de los primeros aventurados se ha convertido ahora en un torrente. En su momento fue importante que el cuarto congreso del partido, hace poco más de dos años, reconociera públicamente que no había inconveniente en que los cristianos ingresaran en las filas del partido. A lo que por supuesto siguió la libre interpretación de los cubanos, que volteó la frase y concluyó que «no había inconveniente en que los miembros del partido ingresaran en las filas católicas». En estos momentos al cubano le es indiferente lo que dice el partido. Se sigue cuidando, porque la fiera es más peligrosa cuando está acorralada, pero sabe que, por lo pronto, la fiera tiene problemas mayores que afrontar para preocuparse por aquéllos que empiezan a rezar.

Sin embargo, la gran pregunta de los pastores y catequistas cubanos, la interrogante de obispos, sacerdotes, religiosos, monjas, seminaristas y laicos comprometidos con la pastoral, es cómo proveer a toda esa gente de una auténtica vida espiritual antes de que los ídolos consumistas y la avidez de las sectas se aprovechen de un eventual cambio en el país. Cómo lograr favorecer un encuentro profundo y personal con el Dios verdadero a una multitud que, en su gran mayoría, se acerca por primera vez a la fe cristiana.

Por más que a primera vista pueda parecerlo, no creo que la situación de la Iglesia en Cuba sea precisamente ideal. Pero eso no quita que considere, con igual fuerza, que este es un tiempo verdadero de gracia para la historia de la fe de la isla.

Aunque las motivaciones sean a veces turbias, es enormemente positiva la actitud de los cubanos hacia la Iglesia. Es cada vez más evidente que la Iglesia en Cuba ha logrado un prestigio moral que se consolida por días, prestigio que comparten desde los laicos hasta los obispos. La Iglesia en Cuba se ha ganado el derecho de mirar cara a cara al pueblo y al gobierno. La gente se ha dado cuenta que, en estos momentos, la Iglesia es la única institución seria que está luchando a brazo partido por solucionar las necesidades del pueblo. En este sentido, la recién fundada *Caritas* cubana, a pesar de los encontronazos con el gobierno, está siendo decisiva sobre todo en el suministro de los cada vez más escaseantes medicamentos.

Por otro lado, existe un reconocimiento tácito de que, en el momento de los cambios y las negociaciones, será la Iglesia la que estará en mejores condiciones de conducir el proceso. En cuanto a la relación Iglesia-estado es este, según fuentes informadas, su peor momento en treinta y cinco años de revolución. Para bien o para mal, se sabrá luego, las tensiones aumentan.

Dios ha sabido siempre escribir derecho en renglones torcidos. Hoy, a pesar del hambre, las escaseces y las privaciones, Cuba se abre a Dios. Que las motivaciones no siempre están claras, es cierto. Que no siempre se logra la conversión del corazón, es evidente. Pero hoy late en Cuba una Iglesia que busca llevar a Dios a todo aquél que quiera aceptarlo y que lucha con las uñas por la conversión de las almas. Tal vez en un futuro la Iglesia en Cuba vuelva a poseer colegios, es muy probable que vea la luz una prensa católica cubana, parece seguro que su voz se dejará oír cada vez más. Queda esperar que la lección no haya sido vana, y que ni colegios, ni hospitales, ni asilos, ni prensa, ni ningún soporte humano, hagan olvidar lo esencial: Cristo y su Evangelio.

**ANTONIO ALLEN**